

Andragogía vs. Pedagogía ... un punto de vista comparativo

Víctor Aguilar Fernández

SINOPSIS

En este trabajo se define la andragogía, a la vez que se hace una breve reminiscencia del surgimiento del término. También se confronta la andragogía con la pedagogía desde la perspectiva de conocimientos, habilidades y actitudes atribuibles a cada sujeto de estudio de ambas disciplinas.

Se proporcionan a los docentes algunas indicaciones de cómo manejar situaciones de aprendizaje en discentes adultos.

Términos clave: <Andragogía> <Educación de adultos> <Pedagogía>

ABSTRACT

In this paper Andragogy is defined and a brief reminiscence of the appearance of the term is also presented. Likewise, Andragogy is confronted with Pedagogy from the perspective of knowledge, skills and attitudes attributed to every subject of study of both disciplines.

Some indications for the teachers on how to handle learning situations in adult students are also given.

Key terms: <Andragogy> <Adult education> <Pedagogy>

"Compórtense como adultos", "creo que estoy tratando con gente madura", "ya están lo suficientemente grandecitos para que se comporten como chiquitos". ¿Le parecen conocidas estas expresiones? Estos son tan sólo algunos de los comentarios que ciertos docentes expresan a sus alumnos cuando no responden a sus expectativas de madurez durante el proceso enseñanza/aprendizaje en el aula.

¿Qué propicia esos comentarios? Básicamente por- que los docentes intentan encajar a sus alumnos en un molde en el que probablemente no ajusten: el del adulto. En otras palabras, intentan enseñar a sus alumnos con los principios de la pedagogía y no con los de la andragogía, pero, ¿qué es la andragogía?

Hasta hace muy poco tiempo, únicamente existía un modelo teórico tanto del aprendizaje como de las características de quienes habrían de aprender.

Este modelo se denomina pedagogía -un término derivado de las palabras griegas que significan "conducción del niño"- que literalmente significa: arte y ciencia de enseñar a los niños.

Los supuestos pedagógicos fueron ganando terreno sin encontrar grandes contratiempos. De hecho, los primeros psicólogos educativos cuando empezaron a estudiar científicamente el aprendizaje contribuyeron a que este modelo continuara imperando, pues se limitaron a investigar las reacciones de niños y animales ante los procesos didácticos.

Sin embargo, a fines de la II Guerra Mundial comenzaron a aparecer estudios acerca del aprendizaje de los adultos.

Cuando la educación de adultos comenzó a organizarse sistemáticamente, durante la década de los 20, los educadores de adultos empezaron a experimentar serios problemas con el modelo pedagógico. Uno de estos problemas era que la pedagogía consideraba a la educación el proceso de transmitir lo conocido, en lugar de considerarla un proceso a lo largo de toda la vida o de búsqueda continua.

De aquí que el aprendizaje más importante de todos -tanto para niños como adultos- sea aprender a aprender y la habilidad más importante por adquirir sea la investigación autodirigida.

Otro problema que los docentes de adultos experimentaron con el modelo pedagógico fue que muchos de los supuestos acerca de las características de los educadores parecían no ser válidos en relación con sus estudiantes adultos.

Así, con el transcurrir de los años y después de notorias investigaciones, se confirmó la necesidad de establecer un modelo capaz de subsanar estas diferencias.

Para empezar, se consideró oportuno contar con un rótulo para este nuevo modelo teórico y fuera paralelo a la pedagogía. Así se acuñó un nuevo término: "andragogía", que proviene de la voz griega "aner", que significa hombre, no muchacho.

Originalmente se definió como el arte y la ciencia de ayudar a los adultos a aprender, en oposición a la ya definida pedagogía.

Este modelo fue usado por cada vez más docentes de primarias y secundarias (y en unas cuantas instituciones de educación superior) y encontraron que la aplicación de los conceptos andragógicos en la educación de los más jóvenes, en ciertas situaciones, producía resultados de aprendizaje superiores.

Ahora, en nuestro tiempo, muchos prácticos preconizan liberar la formación de los adultos de ciertos modelos concebidos hace mucho tiempo para la educación infantil (León, 1979, p. 136)

En efecto, Hicter (1970) reconoció:

es cierto que los modos de adquisición de conocimientos en el adulto son diferentes de los del niño. En general, el niño memoriza y luego comprende, el adulto comprende y luego memoriza; por tanto, es un error practicar pedagogía -en sentido estricto- con adultos que exigen andragogía. (León, 1979, p. 140).

(1) Como el individuo con madurez de personalidad, completo, con dominio de sí mismo, que

posee seriedad y juicio, que capta las normas de grupo con responsabilidad preservando y promoviendo valores positivos.

Por cuestiones prácticas, la comparación del modo de aprender del adulto y del niño se comparará en función del perfil: conocimientos, habilidades y actitudes.

El educando adulto (entendido como...(1)), por diversas razones, frecuentemente sabe mucho más sobre algunos temas aún que el mismo educador. Por tanto, esto no sólo lo coloca en una posición de poner en entredicho aquello que se le ofrece en la situación de aprendizaje, sino también en la de poder absorber con mayor facilidad ideas nuevas relacionadas con sus experiencias, que lo convierten en una fuente potencial de información y le permiten contribuir de modo importante en la educación de sus compañeros. (Hermanos, 1981, p. 22)

En efecto -como miembro individual- tiene una amplia gama de fuentes de conocimientos, entre los que destacan su trabajo, su vida familiar, el medio en que se desenvuelve y su nivel escolar.

Kidd (1973), citado por Palladino (1984), expresa que los adultos de todas las edades pueden aprender eficazmente (es decir, la edad no ejerce poder de veto sobre el aprendizaje (p. 69).

Así, Lowe (1978), apoyándose en investigaciones realizadas en Estados Unidos y que proporcionan resultados inestimables acerca de la aptitud de los adultos para aprender, menciona las siguientes conclusiones:

En primer lugar, parece que la inteligencia no declina automáticamente con la edad, las reacciones son menos rápidas, la aptitud para solucionar problemas declina progresivamente y las aptitudes motrices disminuyen, pero la fluidez verbal y la facultad de comprensión pueden aumentar mucho.

La capacidad de los adultos para comparar y relacionar hechos y fenómenos es superior a la de los niños. Esto es, el adulto es completamente capaz de emitir juicios críticos, de analizar y razonar lógicamente. Además, puede percibir fácilmente los

fenómenos globales, al mismo tiempo que comprende las cosas en detalle (Hermanus, 1981, p. 22).

Verner (1971) resume lo anterior al decir que "nada de lo investigado permite apoyar el viejo refrán que dice que al perro viejo no se le pueden enseñar muchos trucos" (pp. 34, 35).

El deseo de aprender y el interés por las materias que se aprenderán parecen ejercer mayor influencia sobre la capacidad de aprendizaje que cualquier otro factor.

Hermanus (1981) indica que entre las características positivas del educando adulto, la que es más importante de modo individual, es el hecho de que está automotivado. El no es, como el niño, un auditor cautivo en el salón de clases. En vez de ello, decide por sí mismo obtener una educación y, por lo general, ya está convencido de la importancia, relevancia y utilidad de los programas a los que asiste (p. 22)

Si la capacidad de aprendizaje se mantiene permanente y si existe la disminución en la velocidad, el problema se supera con la motivación, la experiencia y la maduración del adulto (Palladino, 1984, p. 64).

Por otra parte, las actitudes, otro aspecto importante en esta comparación, influyen en la motivación, las metas y los niveles de aspiración dependiendo de los valores personales y sociales manifestados.

Así como las actitudes influyen en el aprendizaje, éste puede influir en aquéllas.

A medida que aumenta la edad del individuo, sus actitudes tienden a cristalizarse y a hacerse inmutables; sin embargo, puesto que son aprendidas, el aprendizaje continuado, durante la vida puede retardar el proceso (Verner, 1971, p. 39-40).

Entre algunas de estas actitudes, tenemos que en los niños existe poca resistencia al cambio, pues lo que aprenden en la escuela es, por lo general, algo nuevo, algo que no choca con el aprendizaje previo; el niño es más bien "tierra fértil" donde el docente siembra por vez primera, sin necesidad de tener que modificar o "deshacer" aprendizajes previos,

incorrectos o inadecuados, aunque no es una regla necesariamente.

En contraste, el adulto por su larga vida y por su experiencia se le considera tierra donde a veces han arraigado y florecido, quizás, semillas no siempre seleccionadas, conocimientos imprecisos o erróneos, hábitos inconvenientes, creencias absurdas, ideas ilógicas o infundadas y actitudes indeseables, etc.

Cuando esto ocurre, estos aprendizajes suelen dificultar o resistir los intentos de modificación que realiza el educador (Palladino, 1984, p. 71).

Aunque Lowe (1978) afirma que los adultos no manifiestan siempre la misma rigidez, sino que está más o menos dispuestos al cambio dependiendo de la tarea que realizarán, si la tarea es presentada con claridad, si tienen la certeza de que descubrirán sus propios errores y de corregirlos, si pueden trabajar a su ritmo, los adultos tendrán más éxito que los jóvenes.

Hermanus (1981) propone al educador que demuestre activamente a sus alumnos las conveniencias

o ventajas de las nuevas prácticas en comparación con las antiguas (P. 23).

Los adultos son quienes por lo general manifiestan el deseo de cultivarse o informarse de los asuntos humanos (Lowe, 1978, p. 68).

Sin embargo, esto no sucede con los jóvenes, pues la obsesión por el éxito intelectual suscita un espíritu malsano de competencia; un gran número de jóvenes terminan la escuela amargados y disgustados por las nociones mismas de escuela y enseñanza, que evocan en ellos la deshonra del fracaso que han padecido (Lowe, 1978, p. 34).

Estos rasgos distintivos del alumno en cuanto a sus conocimientos, habilidades y actitudes, no deberían llevarnos a exagerar en forma artificial y forzada la diferencia entre la educación de adultos y la de los jóvenes.

Efectivamente, y usando las palabras de Knowles (1980):

"En el principio era la pedagogía y luego vino la andragogía".

**UNA COMPARACIÓN DE LOS SUPUESTOS Y PROCESOS
DE LA PEDAGOGÍA Y LA ANDRAGOGÍA**

MALCOML S. KNOWLES *

	SUPUESTOS		ELEMENTOS DEL PROCESO		
	PEDAGOGÍA	ANDRAGOGÍA		PEDAGOGÍA	ANDRAGOGÍA
Autoconcepto	Dependencia	Incremento en la autodirección	Clima	Orientado a la autoridad Formal Competitiva	Reciprocidad Respeto Colaborativo Informal
Experiencia	Tiene poco valor	Los discentes son un recurso rico para el aprendizaje	Planeamiento	Exclusivamente a cargo del docente	Participativo
Disposición para el aprendizaje	Desarrollo biológico Presión social	Tareas del desarrollo (de los roles sociales)	Diagnóstico de necesidades	Exclusivamente a cargo del docente	Autodiagnóstico compartido
Perspectiva en el tiempo	Puesta en práctica diferida	Puesta en práctica inmediata	Formulación de objetivos	Exclusivamente a cargo del docente	Negociación mutua
Dirección del aprendizaje	Centrado en el sujeto	Centrado en el problema	Diseño	Lógica de la disciplina o asignatura Unidades temáticas	Secuencia en términos de disposición Unidades basadas en problemas
			Actividades	Técnica expositiva	Técnicas experimentales (investigación)
			Evaluación	Exclusivamente a cargo del docente	Rediagnóstico mutuo de necesidades Evaluación mutua

*(1973). The adult learner: A neglected species. Texas: Gulf Publishing Company

REFERENCIAS

- Hermanus, F. (1981). Educación de adultos: Su metodología y sus técnicas. México: Edicol. Colección Cuaderno Pedagógico.
- Knowles, Malcom S. (1980). Modern practice of adult education: From pedagogy to andragogy. New York: Cambridge. The Adult Education Company.
- León, A. (1979). Psicopedagogía de los adultos. México: S. XXI. Colección Mínima No. 59
- Palladino, E. (1984). Educación de adultos: Guía de estudio. Seminario de educación de adultos. Buenos Aires: Humanitas. Colección: Formación Docente No. 6. Tercera edición.
- Verner, Coolie y Booth, A. (1971). Educación de adultos. Argentina: Troquel.